



PREMIO EDEBÉ DE LITERATURA JUVENIL

EL ÚLTIMO TRABAJO DEL SEÑOR LUNA

CÉSAR MALLORQUÍ

Un joven superdotado, aunque muy vulnerable afectivamente, se verá involucrado en un complicado plan de venganza orquestado por un poderoso narcotraficante boliviano de cocaína. Por las calles de Madrid se entrecruzarán las vidas de un asesino a sueldo, una emigrante latinoamericana y un adolescente.

La escritura de esta novela ha sido posible gracias a la ayuda de algunas personas que se prestaron a compartir conmigo su inteligencia y sus conocimientos. Deseo, por tanto, mostrarle mi gratitud a Montserrat Magaz, directora del colegio Bernadette, que tuvo la amabilidad y la paciencia de poner a mi disposición su gran experiencia con los llamados alumnos superdotados. Gracias, Montse. También estoy en deuda con José Carlos Mallorquí, que me habló de Fermat cuando yo no sabía de qué hablar. Gracias, hermano. Y, como siempre, debo agradecerle a María José Álvarez su apoyo incondicional, así como las valiosas observaciones que realizó tras leer el manuscrito original. Gracias, Pepa. Por último, y muy especialmente, tengo una deuda de gratitud con doña Florinda Chambi, que me habló de su país, Bolivia, y de sus costumbres, tradujo para mí al quechua y, además, sirvió de modelo para uno de los personajes de esta novela. Muchísimas gracias, Flori.

Gracias a todos.

Para Pablo, mi pequeño gigante

1. El asesino

El asesino tuvo que dar un brusco *volantazo* para esquivar el armadillo gigante que repentinamente había surgido de entre los arbustos. Por unos instantes el todo terreno abandonó el irregular camino forestal y enfiló directamente hacia los inmensos árboles que crecían a ambos lados, pero un nuevo *volantazo* consiguió devolverlo al sendero. El asesino frenó en medio de una nube de polvo y respiró profundamente, al tiempo que dirigía una ceñuda mirada al acorazado animal que había estado a punto de atropellar.

—¿Estás loco? —le dijo—. ¿Quieres que te maten?

Un grito agudo surgió del muro de vegetación que se alzaba a su derecha. El asesino elevó la mirada hasta la copa de los árboles y descubrió la peluda figura de un mono aullador sentado en una rama.

—¿Y tú de qué te ríes, huevón? —preguntó.

El mono se dio la vuelta con dignidad y desapareció de un brinco entre la frondosa vegetación. El asesino suspiró y puso de nuevo en marcha el todo terreno para seguir el abrupto camino que se adentraba en la selva amazónica.

La selva... El asesino odiaba el despiadado calor que allí reinaba, odiaba la asfixiante humedad que lo envolvía todo, odiaba la infinita variedad de plantas que crecían por do-

quier, los inmensos ficus, las enredaderas, los larguísimos bejucos, las multicolores orquídeas. Odiaba los murciélagos o vampiros que colgaban cabeza abajo en la oscura bóveda del bosque, odiaba las anacondas que serpenteaban en las ramas más bajas, odiaba los jaguares y los ocelotes que acechaban entre la hojarasca. Pero, por encima de todo, odiaba la inmensa variedad de insectos que no cesaban de revolotear a su alrededor, desde los inmensos mosquitos de zumbante vuelo hasta los minúsculos jejenes, cuyas feroces picaduras parecían contradecir la pequeñez de su tamaño.

El asesino era un hombre de ciudad, alguien que sólo lograba sentirse a gusto rodeado de cemento y asfalto, bajo la benefactora protección del aire acondicionado, así que aquella selva era para él lo más parecido al infierno. Por supuesto, le habían ofrecido ir en avión, pero el asesino desconfiaba de los aviones y también recelaba de sus clientes. Nadie que contratase sus servicios podía ser muy de fiar.

Durante el resto de la mañana el todo terreno prosiguió hacia el Sur, adentrándose más y más en la oscura jungla. En ocasiones el camino desaparecía, tragado por la vegetación, para volver a aparecer unos cuantos metros más allá, o se volvía casi impracticable a causa de un arroyo desbordado o un corrimiento de tierras. No obstante, pese a lo dificultoso de la conducción, el asesino llegó al río Negro poco después del mediodía, tal y como tenía previsto. Detuvo el vehículo junto al puente de hierro que, como revelaba una placa adosada a su estructura, había sido construido por los yanquis en mil novecientos siete, y extrajo un mapa de la guantera. Lo examinó durante un buen rato, comprobando meticulosamente su situación; se encontraba muy cerca de la frontera entre Colombia, Venezuela y Brasil, en una tierra de nadie por la que litigaban aquellos tres países desde hacía mucho tiempo, pero que en realidad jamás había estado sujeta a ninguna ley ni a ninguna bandera.

«Perdido en el fin del mundo», pensó el asesino, contemplando aquellas caudalosas aguas. El río Negro era un afluente del Amazonas; si lo siguiese corriente abajo, hacia el Sudeste, acabaría llegando a Manaus, pero él no se proponía ir tan lejos. En realidad, su punto de destino debía de encontrarse a no más de treinta kilómetros de allí. Devolvió el mapa a la guantera y, tras rociarse una vez más con repelente para mosquitos, arrancó el todo terreno y cruzó con lentitud el viejo y oxidado puente, cuya estructura gimió y chirrió bajo el peso del vehículo. Una vez alcanzada la orilla opuesta, el asesino abandonó el irregular, aunque al menos visible, trazado del camino principal y se internó por un angosto sendero que más parecía una trocha de animales que una vía apta para los vehículos de motor. Al cabo de una hora de conducir entre la espesura, aplastando arbustos y espantando colibrís y mariposas, se encontró con la alambrada.

Aquella cerca metálica parecía la cosa más incongruente del mundo, allí, en medio de la jungla, a muchísimos kilómetros de la población más cercana, con aquella puerta batiente en la que alguien había escrito con pintura negra: «PROIBIDO PASAR».

—¿Dónde se te quedó la hache? —murmuró el asesino con una sonrisa, mientras bajaba del vehículo y abría la puerta que bloqueaba el camino.

El asesino no tenía nombre. O, mejor dicho, tenía muchos nombres, que es aún peor que no tener ninguno. En aquella ocasión se hacía llamar «señor Luna». Era un nombre tan bueno como cualquier otro, corto y fácil de recordar, lo que en la clase de trabajo que él llevaba a cabo resultaba muy conveniente. El señor Luna era joven, no más de treinta años, de mediana estatura, pelo negro, muy corto, y un rostro agradable y atractivo. Cualquiera le hubiese tomado por un universitario, o por un amable ejecutivo, pero había algo en su mirada, un extraño brillo duro y frío como el hielo, que desmentía aquella primera impresión.

Luna regresó al todo terreno y cruzó la alambrada. Luego se bajó de nuevo y cerró la puerta. Aquella cerca, pensó mientras ponía otra vez en marcha el vehículo, era una absurda paradoja. A un lado y a otro de los alambres no había más que selva, la misma selva. Entonces, ¿qué utilidad podía tener allí una valla? Suspiró; en realidad él conocía la respuesta. La cerca era una advertencia y también una amenaza: «Cuidado, estás entrando en los dominios del todopoderoso Coronado».

Mientras avanzaba por el tortuoso sendero, Luna conectó la radio multi-frecuencia que había en el salpicadero, adoptando el modo de búsqueda automática. Los altavoces emitieron un sonoro crepitar de estática mientras el aparato barría todas las bandas de emisión radial. De improviso, una voz cuajada de parásitos resonó en el interior del vehículo.

«...Desde el río. Es un todo terreno verde con matrícula de Caracas. Repito, matrícula de Caracas. Cambio.» Un chasquido y otra voz: «¿Viene solo? Cambio.» Chasquido. «Eso parece. ¿Qué hacemos? ¿Lo interceptamos? Repito, ¿lo interceptamos? Cambio.» Una pausa, un chasquido: «No. Dejadle seguir. ¿Está claro? Permitid que llegue hasta la mansión. Cambio.» Chasquido. «Chévere, Manuel. Lo que tú digas. Cambio y cierro.»

El asesino desconectó la radio. De modo que estaban allí, muy cerca... Sin dejar de conducir, asomó la cabeza por la ventanilla y oteó el horizonte selvático. Al poco rato distinguió un brillo en la copa de un árbol, el reflejo del sol sobre una superficie pulida; quizá las lentes de unos prismáticos, o la reverberación de la mira telescópica de un fusil de precisión. Luna rió alegremente y dejó de interesarse por el paisaje para centrarse en la conducción. Tras diez minutos de tortuosa marcha el vehículo llegó a un lugar donde el sendero parecía ensancharse, al tiempo que describía una pronunciada curva a la izquierda. Luna giró el volante, siguiendo el trazado del camino y, de improviso, se en-

contró frente a un altísimo muro de piedra. Junto al portallón de entrada aguardaban cuatro hombres armados con ametralladoras. El asesino detuvo el todo terreno y saltó al suelo. Uno de los hombres se aproximó.

—Buenos días, señor —dijo en tono cortés, aunque claramente receloso—. Ha entrado usted en una propiedad privada, ¿sabe?

—Estoy buscando a Aurelio Coronado —dijo el asesino.

—Coronado... —repitió el desconocido, arqueando las cejas—. ¿Quién es usted, señor?

—Mi nombre es Luna, y estoy citado con don Aurelio.

—Encantado de conocerle, señor Luna —el semblante del hombre se relajó—. Me llamo Manuel Zárate y soy el jefe de seguridad de don Aurelio. El patrón le aguarda. Pero antes..., ¿va usted armado, señor?

El asesino asintió. Extrajo del bolsillo trasero del pantalón una compacta pistola beretta del calibre nueve y se la entregó a Manuel.

—La recuperará cuando se vaya —dijo éste, dándole el arma a uno de los guardianes—. Ahora, si no le importa, tengo que asegurarme de que va usted desarmado.

—Adelante —dijo Luna, levantando las manos por encima de la cabeza.

Manuel le cacheó con movimientos rápidos y precisos.

—De acuerdo —dijo finalmente—. Mis hombres se ocuparán de su vehículo. ¿Tiene la amabilidad de seguirme?

Manuel pulsó el botón situado en una de las jambas y el portallón se abrió lentamente en medio del zumbido de un motor eléctrico. Ante los sorprendidos ojos de Luna apareció el edificio que permanecía oculto tras el muro de piedra. Se trataba de una mansión de estilo colonial español, con las paredes encaladas refulgiendo bajo el sol del atardecer. Mientras recorrían el sendero de grava que conducía a la casa, atravesando un cuidado jardín tropical, el asesino contempló el inesperado lujo de aquel lugar: la piscina de proporciones olímpicas, las pistas de tenis y, al fondo, un

pequeño campo de golf de nueve hoyos. Algo más allá, una pista de aterrizaje abría una inmensa brecha en la tupida vegetación. Nadie hubiese podido sospechar que en medio de la jungla más densa y salvaje del planeta pudiera ocultarse aquel paraíso de confortabilidad y civilización.

Tras entrar en la casa y cruzar un amplio recibidor, se introdujeron en un enorme y elegante salón, en dos de cuyas paredes se abrían grandes ventanales con vistas al jardín y a la piscina. El aire acondicionado mantenía la estancia a una temperatura constante de veintiún grados centígrados.

—Aguarde aquí, señor Luna —dijo Manuel, señalando con un gesto los mullidos sillones de cuero negro—. Iré a buscar a don Aurelio. ¿Desea tomar algo?

—Agua mineral, gracias.

Cuando el jefe de seguridad abandonó el salón, Luna se sentó frente a una pequeña mesa laqueada, cogió una de las revistas que descansaban sobre ella y comenzó a hojearla. A los pocos minutos entró un indígena vestido con uniforme de camarero y, en absoluto silencio, dejó encima de la mesa una botella de Perrier y un vaso con hielo.

—¿No quieres un trago más fuerte, amigo? —dijo de improviso una voz a sus espaldas.

El asesino giró la cabeza y contempló con curiosidad al hombre que había hablado, un joven de poco más de veinte años, con el negro pelo rizado y una expresión arrogante en su agraciado rostro. Dos guardaespaldas de pétrea complejión permanecían detrás de él en actitud vigilante, con las manos muy próximas a los enormes pistolones que llevaban al cinto.

—No, gracias —respondió Luna, incorporándose—. Prefiero mantenerme alejado del alcohol cuando tengo que hablar de negocios.

El joven hizo una mueca despectiva y se dirigió al mueble bar.

—Los machos de verdad aguantan la bebida —y como si quisiera dar ejemplo, el joven se sirvió una generosa do-

sis de licor y vació el vaso de un trago—. Es bueno —dijo—; whisky de malta recién traído de Escocia. ¿En serio que no quieres?

—En serio —Luna sonrió con ironía—. No debo de ser lo suficientemente macho, señor... Disculpe, pero creo que no me ha dicho su nombre.

—Me llamo Tacho Coronado.

—Ah... ¿Quizá es familiar de don Aurelio?

—Soy su hijo —respondió con orgullo el joven y, para que su posición quedase clara, añadió—: Su primogénito.

—Muy bien —la sonrisa de Luna se amplió—. Es un placer conocerle.

—Déjate de milongas —replicó Tacho, aproximándose—. Voy a cachearte.

—Ya lo hizo antes Manuel.

—¿Sí? Pues quiero asegurarme. ¿Algún inconveniente?

Sin esperar respuesta, Tacho comenzó a registrar a Luna, palpando con minuciosidad cada centímetro de su cuerpo. Luego, tras asegurarse de que el asesino no llevaba encima ningún arma, se dirigió a una puerta lateral y la abrió.

—Está limpio, papá —dijo—. Puedes pasar.

Al cabo de unos segundos una figura cruzó el umbral y entró en el salón. Era un hombre de unos cincuenta años, calvo, con un espeso bigote negro cubriendo su labio superior. Pese a la enorme barriga que abultaba la guayabera de lino blanco, sus movimientos eran ágiles y enérgicos.

—Soy Aurelio Coronado. ¿Es usted el señor Luna?

—Sí. Encantado de conocerle, don Aurelio.

Coronado ignoró la mano que le tendía el asesino.

—¿Cómo puedo estar seguro? —preguntó.

—¿Perdón?...

—Tengo muchos enemigos. Si continúo vivo es gracias a ser desconfiado. ¿Cómo sé que es usted el auténtico señor Luna?

—Bueno, me dijeron que don Aurelio Coronado quería verme y aquí estoy.

—Ya. Pero nadie sabe cómo es el señor Luna. No hay fotografías tuyas y tampoco están registradas sus huellas dactilares —Coronado frunció el ceño—. Convéncame de que es usted el auténtico señor Luna, por favor.

El asesino sonrió levemente y desvió la mirada a un lado, pensativo. Enrolló con lentitud la revista que aún tenía en las manos, hasta formar un apretado tubo de papel con el que jugueteó distraídamente durante unos segundos.

—De acuerdo —dijo—. Afirma usted, don Aurelio, que tiene muchos enemigos. Bien: imagínese que uno de esos enemigos me hubiese contratado para eliminarle...

—¿Qué estás diciendo, coludo?! —exclamó Tacho, sacando una pistola del bolsillo trasero de su pantalón.

—Sólo es una suposición —repuso Luna, haciendo un gesto apaciguador con las manos—. Simplemente intento demostrar que soy quien digo ser.

—Déjale hablar, Tachito —intervino Coronado, contemplando con interés al asesino.

El joven torció el gesto y, como a regañadientes, guardó el arma en el bolsillo.

—Gracias, don Aurelio —Luna sonrió ampliamente—. Como decía, imagínese que me hubiesen contratado para matarle. Usted es uno de los hombres más protegidos del planeta y yo he sido cacheado dos veces antes de poder verle.

—No lleva armas, papá —dijo Tacho con suficiencia—. Yo mismo lo comprobé.

—Así que, aunque quisiera, no podría hacerle nada, ¿verdad, don Aurelio? —Luna respiró profundamente—. Sin embargo...

El asesino hizo una pausa. De pronto se llevó un extremo de la revista enrollada a los labios y sopló con fuerza. Algo, una manchita de color, siseó en el aire y un diminuto

dardo metálico fue a clavarse en una viga de madera situada a pocos centímetros de la cabeza de Coronado.

—Sin embargo —prosiguió Luna—, usted ya estaría muerto, don Aurelio.

Los dos guardaespaldas intercambiaron una desconcertada mirada, sin saber muy bien qué hacer. Tacho avanzó unos pasos, desclavó el dardo y lo contempló despectivamente.

—¿Estás loco, chingado? —alzó el pequeño proyectil y lo mantuvo sujeto entre dos dedos—. ¿Con esta mierda ibas a matar a mi padre?

—Ten cuidado, Tachito —repuso el asesino con una sonrisa—. La punta de ese dardo está impregnada de curare. Si te pinchas, apenas tardarás diez segundos en dejar de respirar.

Tacho profirió una maldición y tiró bruscamente el dardo al suelo.

—¡Maldito *hijopulla!* —bramó—. ¡Te voy a...!

—¡Basta ya! —dijo en tono autoritario Coronado.

Luego, contemplando sonriente al asesino, agregó:

—Debemos mostrarnos hospitalarios con nuestro invitado. A fin de cuentas, tenemos negocios que tratar con él —se volvió hacia los guardaespaldas y les ordenó—: Largaos.

Mientras los dos desconcertados gorilas abandonaban el salón, Coronado invitó a Luna con un ademán a sentarse frente a él. Tacho, con el ceño fruncido y la expresión hosca, se acomodó junto a su padre.

—¿Dónde escondió el dardo? —preguntó Coronado, dirigiéndose a Luna.

—En la hebilla del cinturón —respondió éste—. Es tan pequeño que pasa inadvertido. Generalmente, cuando alguien te registra, lo que busca es armas de fuego o cuchillos —suspiró—; pero la muerte puede ocultarse tras los objetos más insospechados.

—Supongo que deberé reforzar mis sistemas de seguridad —Coronado dirigió una severa mirada a su hijo, que

rápidamente clavó los ojos en el suelo—. En cualquier caso —prosiguió, contemplando de nuevo al asesino—, le agradezco la celeridad con que ha acudido a mi llamada. ¿Ha tenido un buen viaje?

—El paisaje era lindo, aunque había demasiados mosquitos.

—Debió usar uno de mis aviones —Coronado hizo una pausa—. Disculpe si no me ando con zalamas, señor Luna, pero soy hombre de negocios y me gusta ir al grano. Deseo contratar sus servicios —sacó un sobre del bolsillo de la guayabera y se lo entregó al asesino—. Le pagaré quinientos mil dólares por matar a esta persona.

Luna abrió cuidadosamente el sobre y extrajo de su interior una fotografía.

—Una mujer... —murmuró, alzando una ceja.

—¿Algún problema? —intervino Tacho en tono despectivo—. ¿Te faltan redaños para matar mujeres?

—No es eso, Tachito —repuso Luna con suavidad—. Sencillamente me preguntaba por qué el poderoso Coronado está dispuesto a pagar medio millón de dólares por la muerte de una humilde mujer.

—A ti esa vaina no te importa...

—¡Compórtate, Tacho! —Coronado fulminó con la mirada a su hijo; luego se volvió hacia Luna—. Discúlpele; es joven y tiene la sangre caliente —respiró hondo—. Esa mujer se rió de mí —prosiguió, señalando la fotografía—. Y nadie se burla de Aurelio Coronado sin cumplir una penitencia, ¿comprende? Nadie. Más tarde recibirá un dossier con los detalles, pero le haré un resumen: esa zorra me robó algo muy valioso y después tomó el primer avión para España. Ahora está en Madrid.

El asesino se encogió de hombros.

—Seguro que su organización, don Aurelio, se extiende también por Europa. ¿Por qué no le encarga este trabajo a su gente de allí?

—Haces muchas preguntas, carajo —musitó Tacho—. Demasiadas.

—Nuestro invitado quiere estar al tanto de todos los aspectos de su labor —dijo Coronado—. Es un hombre precavido, y eso me gusta. Verá, señor Luna: dentro de muy poco voy a realizar un importante negocio en España y no quiero correr riesgos inútiles. Si alguno de mis hombres resultara implicado en un asesinato, mis intereses en Europa podrían verse perjudicados. Por eso prefiero contratar a un profesional independiente para que elimine a esa chola del diablo. El problema es que yo siempre quiero lo mejor, y usted, según tengo entendido, es el mejor en su especialidad.

—Gracias. Pero un cinco seguido de cinco ceros —insistió Luna— sigue siendo mucho dinero.

—Le pagaré medio millón de dólares por encontrar a esa mujer —dijo Coronado—, por mirarla a los ojos y, antes de volarle los sesos, decirle que quien va a matarla es don Aurelio Coronado. Pero también le pagaré ese dinero por intentar averiguar qué hizo con lo que me robó. Y si usted consigue dar con ello, duplicaré su recompensa.

Luna sonrió de oreja a oreja.

—Don Aurelio —dijo—: será un honor trabajar para usted.

—Perfecto —Coronado se incorporó y presionó uno de los botones que se alineaban en un panel adosado a la pared—. Pasará la noche aquí como mi invitado y mañana viajará a Caracas en mi avión personal. Nosotros nos ocuparemos de llevar su vehículo a donde usted desee. Espero que esta vez no tenga inconveniente en volar; quiero que este asunto se resuelva cuanto antes. Por cierto, mi hijo viajará también a Madrid. Usted reportará a él y de él obtendrá cualquier cosa que necesite.

—Seré tu jefe, Lunita —dijo Tacho, inclinándose hacia delante con una sonrisa zorruna—. ¿Cómo lo ves?